

Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de Córdoba, inició recientemente su quehacer literario en esta ciudad, habiendo obtenido diversos premios en los certámenes a los que ha concurrido, siendo de especial mención el Primer Premio del "I Concurso Universitario de Relatos Cortos: La Bicicleta y la Ciudad", obtenido en 2004.

Juan Salido Costa

(Madrid, España)

Cuarto Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

SEGUNDA CONVOCATORIA

"Satisfacción del cliente. Sistemas JIT (Just In Time). Estandarización. ISO (International Standard Organization)."

Alicia Carrolo abandonaba su habitual parsimonia para convertirse en una velocista de la caligrafía. Convencida de que sus conocimientos pendían de un delgado hilo, procuraba atropelladamente expresar con frases inconexas todo aquello que consideraba fundamental para un posterior desarrollo. Únicamente separaba los ojos del folio para mirar el reloj y constatar que los segundos acuchillaban al paso el precario soporte sobre el que



reposaba su memoria, cada frase plasmada en el folio era un vecino más que lograba rescatar del edificio en llamas.

Odiaba aquel calor con que el nerviosismo castigaba su cuerpo, lo sentía nacer en dos focos: uno firmemente clavado tras el parietal, el otro oscilante, dudoso viajero entre los pulmones y el estómago.

Llegado cierto momento confirmaba que ya no había nada más, que el fuego quebraba los cimientos del edificio y éste se venía abajo irremediadamente. Tan sólo quedaba por ver si había logrado sacar a los vecinos adecuados para componer una bonita foto.

Suspirando profundamente se dedicaba a repasar el catálogo de ideas troteadas en el papel. Buscaba bonitos jarrones en los que alojar aquellas semillas de conocimiento.

Se desperezaba con violencia, bostezando ruidosamente y sin medida alguna, ajena a las miradas de reproche y sorpresa.

A medida que componía la exposición pasaban por su mente los habituales reproches. No tardaba apenas tiempo en desecharlos, a fuerza de costumbre conocía que todo lo que pudiera echarse en cara a sí misma, en el fondo, era irremediable. No había solución para aquellas reprimendas íntimas.

Sabía que pedir dos días más de plazo era tan ridículo como pedir dos semanas, con su carácter seguro que habría retrasado la fecha en la que comenzar el estudio. También podía aliviar el martirio de retozar en el recuerdo de las clases perdidas, y no sólo las de ausencia física, no las que

recibía en la distancia de su cuarto cuando alargaba las horas de sueño o las que escamoteaba tumbada en el césped del campus, sino también las que se clasificaban en el apartado de "viaje mental". Sí, aquellos emocionantes vuelos de horas y horas por el interior de la mente humana mientras el profesor exponía temas *susceptibles de caer en examen*, descensos a las fronteras del país de la obnubilación, becas Erasmus en Babia, doctorados en anulación de los procesos de atención.

Finalizaba el examen cuando creía que la capa de maquillaje cumplía su función: atenuar los defectos e irregularidades y resaltar las virtudes que, en unos casos la naturaleza, y el estudio en el que andamos ahora, habían decidido otorgarle.

Por no hacer sentir mal al profesor entregaba los folios con una sonrisa.

—¿Qué tal?— la pregunta de rigor.

— Regular... —dubitativa— yo creo que bien.

Abandonó la clase sin quitarse la máscara de la sonrisa. Cada examen entregado era un escalón superado en algún tipo de umbral, así lo sentía, cada día notaba que se elevaba un poco más, apenas unas pulgadas, sobre un suelo que empezaba a quedar lejano. ¿Sentiría felicidad cuanto su cabeza tocase techo y aquella habitación le quedase pequeña?

Alicia no sabía si quería dejar de ser Alicia.



“Neoclasicismo francés. Platonismo y Romanticismo.”

Aquella minifalda que a cada movimiento trepaba por sus muslos era la más recóndita acepción de la palabra incomodidad. Sabía que nadie reparaba en ella, que estaba a salvo de miradas indiscretas y comentarios afilados. A pesar de todo, Carla Pavesa no dejaba de sentirse como una sardina envuelta en celofán.

No era la minifalda un gesto de coquetería, bien lo sabía ella, ni tan siquiera una provocación. La transparencia con la que se desenvolvía por la facultad anulaba cualquier componente estético que pretendiera adjudicarse a la prenda.

Nunca vio cabezas girarse a su paso por la biblioteca, ni en una sola ocasión había sentido clavada en la nuca la mirada de un chico, aunque ¡qué iba a saber ella de lo que se sentía! Diríase que su tránsito apenas si movía el aire, que su insignificancia era tal, que la luz la traspasaba negándole incluso la consistencia de la opacidad.

Si tan siquiera tuviese una fealdad con la que consolar su situación, tal vez así comprendería todo. Pero no, no era tal el caso, porque incluso con la más fea a alguien le toca bailar. Ella ni tan siquiera había recibido la invitación al baile.

Nadie se tomaba la molestia de imaginar qué poca anatomía se ocultaba bajo aquel trapillo, y esa era su mejor baza, porque suelen ser las mejores armas las que te regala el enemigo. ¿Quién podía imaginar que todo un forro de conocimiento recubría sus piernas, que unas líneas de sabiduría se escondían en el bien planchado dobladillo?

Únicamente su madre había logrado descubrirla. Qué mal rato pasó la pobrecilla cuando le dio la vuelta a la falda para meterla en la lavadora, qué berrinche se cogió y cuantos reproches le hizo: esto no me lo esperaba de ti, más vale que no se lo cuente a tu padre, te la estas jugando con estas tonterías, que decepción más grande...

En un caso como aquel más valía optar por la promesa hipócrita y la cara de arrepentimiento que entrar en un laberinto de explicaciones. No tenía sentido argumentar que la presión era grande, que sabía lo orgullosa que estaba toda la familia porque iba a ser la primera que terminase una carrera universitaria, que a veces el aprendizaje no se podía medir simplemente por un garabato rojo en la esquina superior derecha de un folio, que tal vez, mamá, en ocasiones tuviese tanto valor lo que estaba escrito en los libros como lo que se cocía puertas afuera del aula, ¡qué locura, verdad!

Todas aquellas réplicas tenían mejor acústica entre las paredes de su cabeza, su madre tal vez no fuese un público con un oído lo bastante experimentado como para apreciar los matices que la situación personal puede generar.

Escapó de la cocina con una promesa que romper continuamente durante dos años.

Tal vez ahora, sentadas ambas a la mesa con un café de por medio, su madre tendría paciencia para escucharla, para permitirle argumentar que nunca necesitó plegar la tela de la falda en ningún examen, porque al fin y al cabo todas las frases y fórmulas que fisgoneaban entre sus piernas ya las llevaba impresas en la cabeza. Mamá, diría, todos



necesitamos la presencia de un último recurso, un clavo ardiendo al que acudir si todo lo demás falla, no porque nos vaya a servir de ayuda, sino porque su sola presencia nos tranquiliza con su falsa sensación de seguridad.

Hoy puede ser el último día en el que Carla reincida en su crimen, la última ocasión para volver a romper la promesa de la cocina. Nadie mira, nadie sospecha de la chica que siempre se pone la misma falda en las pruebas semestrales.

Ansiosa, firma el último folio, iguala las hojas golpeándolas contra la mesa. Levantarse y entregarlos al ayudante del profesor es un único movimiento. Al salir da un fuerte portazo. Está deseando llegar a casa para guardar para siempre esa horrible falda antibalas.

“Programación lineal y dinámica. Redes. Problemas duales”

Restregó su mano cara arriba con gran fuerza como si la tuviese pegada a la nariz con cola y tratase de separarla, como si tratase de borrar las ojeras cultivadas en la noche anterior. El humo no había desalojado aún los ojos de Pedro Noccio; en los distintos recovecos de la boca se mezclaban los alcoholes con el café de última hora. El profesor ironizó de alguna forma que no llegó a comprender acerca de su mal aspecto. ¿Mala noche de estudio? le arrojó como escapatoria, Pedro lo miró resignado y recorrió asintiendo aquel puente de plata que le ofrecían, sin resentimiento ni suspicacias, no era cuestión de caer en la indignación del orgullo herido.

El cansancio era tal que apenas si podía sostenerse en pie, miró alrededor y se derrumbó sobre el asiento más cercano que no estaba ocupado. No había pasado por casa, ni tan siquiera para un último repaso, no era aficionado a las noches de nervios y de desvelo. "Si tan siquiera hubiese tomado una ducha...", pensó, "seguro que estaría mejor".

Sentía el alcohol dando guerra en el hígado, la tarantela de sus manos mostraba la añoranza de una nicotina que comenzaba a escasear. Y cómo no, siempre al rescate los cristales de cafeína procesándose poco a poco, llevando pequeñas explosiones de repentina tensión al cerebro, dilatando las pupilas con cada detonación de su síntesis.

Aquel subibaja amenazaba con hacerlo descarrilar, sopesó fríamente si levantarse y buscar el cobijo de la cama. Tan siquiera un par de segundos bastaron para desechar la idea.

Recibió tembloroso el papel de las manos del profesor. Aún se apreciaba un calor residual en el folio, había sido fotocopiado hacía poco tiempo. Sin llegar a leerlo se lo acercó a la cara y aspiró el aire en torno a él: rastreó el tenue olor en el tiempo y el espacio, se enredó en recuerdos casi extinguidos, apenas sujetos con sombras de alfileres, dejó que el apagado aroma lo llevase a la tahona de su pueblo, al olor de la levadura al calentarse. Fue entonces cuando ocurrió el milagro de cada día, el gol del último minuto de todos sus partidos. Apenas si sintió alivio, era tan propio de él esperar un último rebote en la bola de la ruleta que la colocase en la canaleta adecuada.

El temblor de manos, la visión borrosa, el malestar que recorría el sistema digestivo al completo... todo, absolutamente todo aquello se



desvaneció. Implosión de la pompa de jabón que era su cabeza; la cámara lenta adueñándose del mundo, los pensamientos que ordenadamente escapan del laberinto del minotauro.

Comenzó a leer las preguntas, a enlazar la sinfonía mental. Dejó el bolígrafo fluir libre, aunque firmemente atado al dictado de algo que escurría caliente médula abajo. Tan acostumbrado estaba ya a aquella lucidez de última hora que dejaba la sorpresa a quien correspondiese leer el testamento que plasmaba en cada una de aquellas hojas.

Un último pensamiento: una última reflexión acerca de la belleza matemática de los sonetos que ejecutaba, de las octavas reales que regalaba con precisión alfanumérica al mundo binario.

Un último impulso: mandar la nota media al carajo a cambio de un par de caladas sobre una de las estufas rugientes del pasillo central, una broma privada al que rebuscaba dos asientos a la derecha la solución a todos sus problemas, aquellos problemas impresos, hurgándose en las fosas nasales, un homenaje al riesgo por el riesgo, al arte por el arte.

“Uretrocistocele. Líquido amniótico. Desgarramientos perineales”.

Salir de la cama por el lado que daba a la ventana, apoyar primero el pie derecho, incorporarse en un movimiento, flexionar el tronco hacia delante lo máximo que podía, tratar fallidamente de alcanzar con las manos los pulgares de sus pies. Era tal cantidad de cosas las que hacer que Ander Hurtado solía pasar veinte minutos en la cama repasando

meticulosamente cada uno de los actos de la cadena del éxito. En un principio bastaba con unos segundos, pero actualmente el procedimiento presentaba un barroquismo acusado. La traición más dura se hacía patente en el refinamiento de las manías. El último minuto en la cama lo dedicaba a maldecirse por aquel comportamiento. Dolía mucho aquella vergüenza, más aún cuando sabía que el último segundo antes de levantarse era una oración mental que rogaba por no olvidar ninguno de los ritos de la liturgia.

Ducha con agua fría, respiración entrecortada, ropa interior blanca, raída. Medio vaso de café sólo, caliente, una rebanada de pan con aceite y un adiós que repetía obstinadamente hasta que una contestación desganada escapaba bajo la puerta del dormitorio de sus padres. La puerta tenía que cerrarse suavemente, sin llegar a dar el golpe final. Escalones bajados de dos en dos aún a riesgo de torcerse un tobillo y partirse la crisma. ¿Quedaba algo de dignidad en todo aquello?, ¿por qué precisamente él, el que tanto alababa la racionalidad en los actos, se mostraba ahora subyugado por la superstición? Temía que la respuesta a aquella duda fuese la que trataba de encarcelar en las profundidades del pensamiento. Miedo. ¿Miedo quién? ¿él?, no, aquello no podía ser, no podía permitírselo. Una cosa era la superstición como afición, como el que colecciona taponés de botellas de vino o recoge insectos en el campo, pero otra muy distinta era ejercerla como respuesta al miedo. ¿Miedo a qué?

Montó en el coche, arranco y encendió la radio. Era momento para la manía primigenia, la madre de todos sus tics.



Un año atrás, no era necesario remontarse más en el tiempo, se dirigía al examen de Microbiología, asignatura que aseguraba enormes sudores y malos ratos al condenado a superarla. Iba escuchando la radio en el automóvil, una curiosa canción sonaba arañada por continuas interferencias; Intérprete: David Bowie, hasta entonces Ander Hurtado no había tenido gran conocimiento de aquel cantante; canción: 1984. El tema hubiera pasado desapercibido de no ser por que se trataba del mismo año en que había nacido, aquella coincidencia hizo que se fijase en la memoria.

Cuando la nota salió, un aprobado contra todo pronóstico, recordó la canción. Le pareció natural e inofensivo convertirla en canción fetiche para los exámenes, un pequeño punto simpático previo a las pruebas. Localizó un disco recopilatorio que contenía la canción y comenzó a escucharla para las ocasiones acordadas. Pero sólo le preocupaba 1984, nunca había escuchado otro tema que no fuera ese, seleccionaba reproducción continua y se encerraba en el bucle. Pasado un tiempo supo que la canción hacía referencia a una novela de un tal George Orwell. También la compró, y como segundo acto a la obra maniática añadió la lectura de un capítulo, solamente uno, en la noche anterior, lectura previa e introductoria a la oscuridad y al sueño.

El tercer acto de fe era una pluma que llevaba su nombre grabado, regalo navideño de una antigua novia. No la había utilizado nunca antes del examen de Microbiología, motivo que consideró suficientemente lógico como para no olvidarla en próximas pruebas.



En torno a esas tres perlas fue enlazando eslabones a un lado y otro, componiendo un collar de liturgia susceptible de aumentar su tamaño en cualquier momento con una nueva superstición. Si al menos no hubiera aprobado todos los exámenes desde entonces; sólo una mala noticia podía sacarlo de un mal comportamiento y eso era lo que le resultaba más odioso del asunto: estaba convencido de que era su conducta la que llevaba a buen puerto sus respuestas, por encima de las incontables horas de estudio y el conocimiento adquirido.

Llegó a la facultad con casi una hora de antelación al comienzo del examen, necesitaba aparcar en la plaza que daba al seto y a los plátanos de sombra, la que apenas estaba a un par de metros de las escaleras de entrada al centro.

Antes de entrar al aula bebió un menta-poleo de la máquina de al lado de conserjería. Sabía a rayos, como de costumbre.

Sentado en el pupitre, a la vez que estrechaba manos con fervor electoral, comenzó a repartir deseos de buena suerte a su alrededor.

Recibió el folio de las preguntas con una pequeña sacudida, un escalofrío de bajo voltaje espalda abajo. Cerró los ojos y contó hacia atrás: sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, cincuenta y siete...

Cero. El momento había llegado, la hora de comprobar si el retorcido camino de la superstición volvía a llevarlo al mismo destino, si el sacrificio y la vergüenza merecían la pena.



Acarició su nombre grabado en la pluma y lo garabateó en el folio virgen. Nada, blancura imperturbada, vacío que permanecía. Un nuevo garabato, un nuevo gesto sin huella. Hoja inmaculada.

Había ejecutado a la perfección toda la rutina de ejercicios y ahora caía de boca en el doble salto mortal. Sabía que en algún momento esto ocurriría, que este punto de fractura era necesario, una maldición y un alivio.

Pidió a un compañero un bolígrafo, le iba a resultar interesante ver como enfrentaba la situación, se dejó llevar por una feliz inquietud.

Entre dientes no paraba de repetir una frase que había leído la noche anterior, en el capítulo habitual.